

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

El nuevo rostro del laico [The new face of lay]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Castellanos, Nicolás
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-07-06 21:17:46
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/222817

EL NUEVO ROSTRO DEL LAICO

Por NICOLÁS CASTELLANOS

En virtud del espacio disponible tengo que ser selectivo: insinuar el perfil del *laico* en sus rasgos más configurativos y describir *el tipo de laicado organizado* en el *ahora y aquí* de la *Iglesia del Señor* para el *Reino* en el *mundo*. Todo ello enmarcado en el ámbito de la teología apostólica, en la mejor Tradición, expresada y renovada en el Concilio Vaticano II, en la praxis eclesial de escuchar el Espíritu en «la voz de los signos de los tiempos» y en la experiencia pastoral y ejercicio de participación de los laicos en su misión de la Iglesia de Dios en Palencia.

Mi reflexión se centra en estos espacios:

1. El nuevo rostro del laico desde la Palabra.
2. ¿En qué Iglesia y en qué mundo vive y milita el laico?
3. En este mundo y en esta Iglesia ¿qué pueden hacer los seculares, cómo organizarse?

1. EL NUEVO ROSTRO DEL LAICO DESDE LA PALABRA

La condición del laico creyente se basa y fundamenta en la nueva condición de los bautizados, constituidos en pueblo sacerdotal. Pedro en su primera Carta, 2,4-10, va más allá del Exodo 19,6, atribuye el sacerdocio a la comunidad de los creyentes, que son llamados a ofrecer a Dios un culto, sacrificios espirituales agradables al Señor (1 Pe. 2,5).

En el Antiguo Testamento el testimonio ante el mundo no formaba parte de las funciones sacerdotales. En la perspectiva cristiana, las relaciones entre el sacerdocio común de los creyentes y su vocación de testigos en el mundo son claras y nuevas.

Ahora bien, ¿qué lectura eclesial se ha hecho del sacerdocio común del Pueblo de Dios?

El sacerdocio común del Pueblo de Dios ha estado olvidado y devaluado. Como reacción contra los reformadores, a partir de Trento, el magisterio oficial de la Iglesia habló sólo del ministerial y silenció el sacerdocio común, que es en realidad del que más hablan los escritos del Nuevo Testamento. El primer documento oficial que rompe el silencio es la encíclica *Mediator Dei*, de Pío XII (1947), aunque de manera tímida y ambigua. Es el Vaticano II el que se pronuncia con decisión y sin ambigüedades (LG. 10-11).

Cierto, es «esencialmente distinto del ministerial y no sólo en grado», pero eso no quiere decir que no sea tan real y tan válido como el ministerial. Generalmente se pone el acento en que es «esencialmente distinto», y no en que es igualmente real y objetivo.

Sacerdocio vital y existencial. El sacerdocio común de los fieles es primordialmente la vida y la existencia de cada día, tanto eclesial como familiar, profesional y social. Así fue también el sacerdocio de Cristo. Al no pertenecer a ninguna familia sacerdotal ni tampoco a la tribu de Leví, Jesús de Nazaret no realizó ritos sacerdotales. Su sacerdocio fue su vida, entregada al servicio de su Padre y de sus hermanos. No fue sacerdote sólo en la cruz. Fue sacerdote desde el pesebre hasta la resurrección.

De esta lectura surge una Iglesia clericalizada y ritualizada:

– *Iglesia clericalizada.* La devaluación del sacerdocio común de los fieles ha traído como consecuencia una Iglesia clericalizada. Los mayores recuerdan todavía con cierta nostalgia cuando había en Carrión cien clérigos; en Paredes, sesenta. El propio Papa constata esta clericalización de la Iglesia hablando al clero de Roma el 18 de febrero de este año 1988.

Ahora asistimos a un fuerte proceso de secularización. Pero ¿está la solución en una vuelta a la clericalización?

– *Iglesia ritualizada.* La clericalización trajo consigo la ritualización. Un buen exponente serían los tiempos y los espacios dedicados a lo religioso. ¿Qué proporción existía en Palencia, por ejemplo, entre la Catedral y las demás construcciones, tanto públicas como privadas? Cabían todas ellas en la Catedral.

Esta situación degradada se alarga hasta el Concilio Vaticano II, si bien con anterioridad aparecen movimientos renovadores, como el movimiento litúrgico, bíblico, la aparición de los movimientos apostólicos, como la JOC, HOAC, AC, etc.

Pero en el orden existencial este problema no está resuelto, porque no se han asimilado las coordenadas del Concilio Vaticano II y de la teología y pastoral postconciliar; y, en consecuencia, el laico creyente no está adecuadamente ubicado

en el ámbito de la Iglesia local y en cada comunidad eclesial, y mucho menos en el espacio que le corresponde en el mundo.

Por eso nos interrogamos en el apartado siguiente.

2. ¿EN QUE IGLESIA Y EN QUE MUNDO VIVE Y MILITA EL LAICO?

Como siempre, el Espíritu Santo nos sorprendió, se produce un fenómeno extraordinario al comienzo del Concilio Vaticano II. Los esquemas preparados seguían definiendo a la Iglesia, como en cualquier manual de hace treinta años: «una sociedad perfecta, instituida por Cristo, gobernada por el Papa y los obispos, bajo su autoridad». Sin nadie pensarlo, más que el Espíritu Santo, surge como idea central de todo el Concilio: *La Iglesia es el Pueblo de Dios y el Pueblo de Dios en comunión fraterna* (L.G. 2). Se recupera la Teología de la Comunidad del Nuevo Testamento. El Concilio Vaticano II corrige la visión de una Iglesia dividida en dos clases de cristianos. Todos somos Pueblo de Dios, nacido en el Bautismo, constituimos comunidad de hermanos, que creemos en Jesús, convocados por el Señor, vivimos en solidaridad, unidos en la caridad y enviados al mundo para ser testigos del Reino. Somos una comunidad de hermanos, con experiencia comunitaria, pero desde una experiencia de fe personal con Jesús Cabeza y con Jesús presente en el Cuerpo.

Entonces Jesús, el Señor, constituye el Carisma Originario en la comunidad cristiana, según se desprende del Nuevo Testamento. Nos da la FILIACION, en la radical igualdad de la Fraternidad. Y del carisma originario nacen todos los carismas y servicios. Por eso todos se tienen que alimentar en la relación personal con el Señor.

La incorporación a Cristo en el Bautismo, que nos ha hecho radicalmente iguales, también nos ha distinguido, nos ha hecho diferentes y a todos nos compromete en la misma Misión.

«La Mesa de la Koinonía mesiánica es también la Mesa de los carismas y de los servicios para la edificación de la fraternidad y su compromiso con el mundo para la llegada del Reino. En las primeras comunidades cristianas la comunión de vida lleva consigo la comunión de Dones, de los bienes y de los caminos» (M. LEGIDO: *Fraternidad en el mundo*, Sígueme, Salamanca, 1982, pág. 250).

De esta identidad de la comunidad eclesial SURGE Y URGE LA CORRESPONSABILIDAD DE TODO EL PUEBLO DE DIOS. Todos somos responsables, pero con una participación diferenciada entre laicos, presbíteros y religiosos. A una Iglesia toda ella ministerial y diaconal corresponden unos miembros todos ellos corresponsables, empeñados en el ejercicio eclesial y misionero.

De ahí lo urgente y necesario de desarrollar los cauces de expresión del laico en la comunidad, en la Iglesia.

Nos ilumina el Concilio, que nos ofrece las notas y características de un seglar en la Iglesia:

«Con el nombre de laico se designan todos los fieles cristianos, a excepción de los sacerdotes y religiosos.

Es decir, los fieles que, en cuanto incorporados a Cristo por el Bautismo, integrados al Pueblo de Dios y hechos partícipes, a su modo, de la función sacerdotal, profética y real de Cristo, ejercen en la Iglesia y en el mundo la misión de todo el pueblo cristiano en la parte que a ellos les corresponde.

El carácter secular es propio y peculiar de los laicos» (LG. 31, 26-35; Ag. 21; AA. 2, 4, 7, 17, 29; GS. 43).

Entonces el seglar es un DISCIPULO, un HERMANO y un APOSTOL.

- *el seglar es DISCIPULO del Señor*, seguidor suyo, que intenta vivir como vivió Jesús y hacer lo que hizo EL, vivir el espíritu de las bienaventuranzas, desde la hondura de la oración y la contemplación...
- *El seglar es HERMANO entre los hermanos*, en una Iglesia que toda ella es FRATERNIDAD, Comunión, Pueblo de Dios en comunión fraterna. No estamos solos, formamos parte de la Comunidad del Señor, la comunidad que tiene el espíritu de Jesús.
- *El seglar es APOSTOL* de Jesús en el mundo, en la comunidad eclesial para el Reino. Acoge el Don de Dios en la oración, lo vive en Fraternidad y lo anuncia en el mundo. Es enviado para ser fermento y evangelizador.

No es menos importante y significativo saber en qué mundo vive y milita el laico creyente. No voy a detenerme, sólo voy a señalar algunos rasgos para deducir algunas actitudes y modos de estar lúcidamente en este mundo apasionante en que vivimos; porque todo momento de la historia constituye un *Kairos*.

Estamos ante una nueva situación cultural, estrenando una nueva civilización.

Frente a una sociedad pluralista, tecnificada, comercializada y organizada, se constata que el hombre en grandes zonas del mundo está oprimido, encerrado en el círculo de una sociedad oprimida por la crisis económica, con fuerte índice de parados y de desigualdad. «Contrasta la obtención de dinero fácil y abundante en algunos sectores y estamentos económicos y profesionales, con la angustia de los parados, la penuria de muchos pensionistas y el bajo nivel de tantos trabajadores», escribíamos los obispos de España.

¿Quién no se sobresalta ante la amenaza inminente a la PAZ en el mundo? La creciente y alarmante carrera de armamentos puede conducirnos a una guerra nu-

clear, a un holocausto total. Hoy uno de los deberes éticos más graves del hombre es frenar esa carrera, llegar al desarme efectivo y BUSCAR LA PAZ a toda costa, si no queremos sucumbir todos.

Vivimos en estado de crisis. Me situó desde el Evangelio en una óptica de esperanza. Desde Jesús, mi mirada preocupada se torna entrañable, cargada de esperanza, de amor y de fuerza alentadora.

La crisis se manifiesta fundamentalmente en estas áreas de la vida y de la historia:

- a) *Ante todo, crisis de valores y profundo cambio cultural*, que vivimos desde hace veinte años y se ha acentuado en esta década de los años 80; y ha creado una convulsión social y una verdadera crisis de civilización.
- b) La euforia colectiva, que provocó el desarrollo económico, se vio bruscamente truncada por *la fuerte crisis económica internacional*, que se ceba cruelmente en nuestro país desde hace diez años.
- c) En consecuencia, *nuestro mundo padece la atormentada y aguda enfermedad de la Desesperanza, del Desencanto y de la Decepción.*

Es algo así como *un estado de ánimo colectivo preocupante.*

Existe hoy un *gran déficit de esperanza.*

Falta el sentido de la vida, ganas de vivir. Hoy sobran medios para vivir, pero faltan motivos para existir.

Quiero resaltar dos actitudes, que hemos de cuidar y despertar:

- a) No puede sernos extraña esta nueva situación cultural o sentirnos extraños a ella. Y mucho menos podemos vivir ignorándola, o negándola o mirando con gafas negras y con nostalgia hacia el pasado. No construyen ni edifican actitudes de distanciamiento, de oposición sistemática, de conformarse sólo con afirmar la propia identidad, o de instalarse en una cómoda, pero triste, agria y estéril postura de vivir censurando o descalificando a los otros, o criticando sólo a la autoridad que nos gobierna o lamentándonos de lo mal que marcha todo.
- b) No podemos arrancar la página de la historia de la Iglesia de la apertura al mundo moderno: Ha constituido un largo proceso, de más de cien años, que culmina fundamentalmente en el Concilio Vaticano II.

Al sumergirnos en el mundo moderno, tuvimos que dejar las viejas vestiduras, el revestimiento temporal, que era de otra época, eran formas de ser de un pasado muerto y no se encontraban fácilmente las formas nuevas que había que alumbrar. Y, sin embargo, sin ellas la Fe tenía poco que hacer en el mundo de hoy y carecían de sentido al hombre moderno.

3. EN ESTE MUNDO Y EN ESTA IGLESIA ¿QUE PUEDEN HACER LOS SEGLARES, COMO ORGANIZARSE?

Señalo actitudes y cauces operativos, posibles, verificables y verificados. Dime lo que esperas y te diré lo que eres. El mundo de mañana es de los soñadores. Hemos andado mucho camino y nos falta todavía más. Intento no dar recetas.

3.1. *El laico no está solo, le acompaña Jesús y su comunidad.* Como los discípulos de Emaús vais de camino; se os acerca Jesús, camina con vosotros. Le reconocieron en la fracción del Pan y al compartir el Pan de la FRATERNIDAD. Aquí se inscribe *la espiritualidad del éxodo*, que necesita el laico: personalizar la fe y personalizarla en el grupo, porque se reencuentra a sí mismo, como seguidor de Jesús, en la comunidad, de la que forma parte, participa, comparte el compromiso de meterse en la masa, transformar la sociedad, ser fermento crítico y constructivo...

Esto exige un corazón pobre, contemplativo, en actitud de escucha y discernimiento evangélico, portador de alegría, de esperanza, de un proyecto liberador integral en favor de los hermanos, de los pobres, de los crucificados de la vida... Dejarse convertir por el Cristo vivo, resucitado, en la experiencia de oración y en la interiorización de la Palabra.

3.2. *Una conciencia desarrollada de COMPLEMENTARIEDAD:* El sentirnos miembros del Cuerpo de Cristo nos lleva a colaborar, a compartir, a sentirnos complementarios. Quien está unificado por la fuerza del Espíritu es fuente de unidad y fermento de comunión.

Cuando una iniciativa, por excelente que sea, o una persona o un colectivo se estima a sí mismo poco menos que como un valor absoluto y deja de sentirse parte del todo, allí comienza el contrasigno de la división, de la exclusión, donde el carisma legítimo en vez de ser suma, multiplicación, complementariedad en la comunidad, se convierte en resta y división.

Porque somos complementarios, cada uno aporta, según sus posibilidades, exige sólo según su necesidad, reconoce y asume con gozo y libertad, en cada comunidad, las legítimas diversidades, según el pensamiento agustiniano, que recoge el Concilio, y lo hice principio inspirador de mi servicio episcopal a la Iglesia de Palencia: «*In necessariis UNITAS, in dubiis LIBERTAS, in omnibus CARITAS*», «UNIDAD en lo necesario, LIBERTAD en la duda, en todo CARIDAD».

3.3. *Trabajar por la UNIDAD, no por la uniformidad:* La Iglesia no fue nunca, según se desprende de una lectura neotestamentaria, en su origen, UNIFORME, sino todo lo contrario, aparece como una asamblea pluriforme, dotada de diferentes carismas y dones, pero todos con una única finalidad: EL BIEN COMUN.

Por no haber sabido vivir y asumir la Unidad dentro de la pluralidad o pluriformidad, ha aparecido uno de los conflictos más serios de la realidad eclesial de nuestro tiempo: *El conflicto y el choque entre pluralismos y uniformidad.*

En la Iglesia, Pueblo de Dios en camino, el pluralismo tiene su legítima existencia, porque es manifestación de la múltiple variedad del Espíritu, que sigue

presente; y es también expresión de la vida que bulle en los creyentes, en las comunidades, en los movimientos... Se trata de una fuerza y riqueza que no se puede apagar ni perder en la Iglesia, si no queremos renunciar a las llamadas personales y carismas. Se da verdadera unidad si las variedades, la pluriformidad en la Iglesia se reconocen mutuamente como pertenecientes a la misma y única Iglesia del Señor y sin romper nunca la comunión, ni negar la colaboración. Valorar las legítimas diferencias, como riqueza del Cuerpo de Cristo.

3.4. *Creación, en la Iglesia local, de cauces reales de corresponsabilidad y de participación en todo el Pueblo de Dios, mediante los Consejos Pastorales diocesanos, zonales y parroquiales.*

Esto exige una organización menos clerical y más eclesial, basada en la comunión, que se realiza en la igualdad, en la subsidiariedad, la corresponsabilidad y complementariedad; que nadie suplante a nadie en sus responsabilidades y todos nos sintamos unidos en la misma misión.

No se puede seguir primando una estructura meramente clerical, como ha ocurrido en la historia. Era como si todos los carismas y ministerios se condensaran en la figura del sacerdote y todos los servicios se polarizaran en torno al altar.

El binomio «sacerdocio-laicado», anclado en el pasado, hoy, desde la visión eclesiológica del Concilio Vaticano II, viene sustituido por el esquema conciliar «COMUNIDAD-MINISTERIOS», que provee a la Iglesia de un cuerpo ministerial de profetas, de sacerdotes y de servidores de un pueblo, que todo él es profético, real, sacerdotal, servidor y corresponsable de la Misión salvadora de Jesús, el Señor, encomendada a la Iglesia, Pueblo de Dios, en comunión fraterna.

3.5. *Se necesita una PASTORAL DE MISION, de Crecimiento, de Renovación y de Fermento; y para ello necesitamos GRUPOS DE LAICOS CRISTIANOS, de talla humana, donde es posible una reflexión y celebración de la FE más personal y profunda, donde se eduque para el compromiso cristiano, con un mayor dinamismo misionero de cara al mundo moderno, pluralista, secular..., donde se preste mayor atención a los sectores donde el Señor está menos presente: jóvenes, marginados, mundo de la cultura, etc., y acepten, además de las acciones intraeclesiales, las acciones extraeclesiales, con una mayor presencia, desde la fe, en el mundo laboral, político, sindical, cultural, etc.*

Todo proyecto pastoral tiene que contar y valorar las minorías activas y comprometidas de creyentes. Lo que no quiere decir olvidar o abandonar la masa.

3.6. *Reconocimiento y Sentido Eclesial de los MOVIMIENTOS en la Vida de la Iglesia local y en las parroquias:*

- Reconocimiento de lo que son dentro de la Fraternidad apostólica, que estaba integrada por los apóstoles, laicos y mujeres. Al principio los laicos y las mujeres eran parte de la Fraternidad apostólica de Jesús. Y eran llamados a edificar la Iglesia, a seguir de cerca a Jesús; eran miembros vivos, activos, responsables del Cuerpo de Cristo...

- Los laicos, y particularmente los movimientos, tienen su propia vocación, su misión en la Iglesia: Son la inserción, la proyección de la Iglesia, del Pueblo de Dios en la vida, en el mundo, en la historia; tienen que ser los protagonistas de la transfiguración, de la transformación del mundo, desde la conversión personal a Dios...
- Un movimiento es un carisma, una vocación; mejor dicho, un carisma para el servicio, dentro del Cuerpo de la Iglesia. No debe ser nunca como una iglesia paralela. Un carisma no es una Iglesia; ni un acto o un fragmento puede constituir una Iglesia.
- Los movimientos son como alientos para una comunión más profunda. Deben dar una iniciación al Misterio de Cristo, intentan vivir el misterio de Cristo en todas sus dimensiones: contemplativa, evangelizadora, caritativa y social...
- Cerrarse en el carisma, en el movimiento, eso no es ser la Iglesia. Eso es una ruptura del Cuerpo de Cristo. Todo carisma, toda vocación, todo movimiento tiene que estar referido al Cuerpo de Cristo, a la Iglesia. Se rompe el Cuerpo de Cristo si por acentuar un aspecto de la totalidad, por Palabra o los Sacramentos o el Servicio, nos distanciamos de la Iglesia.
- El movimiento tiene que asumir que es fermento que desaparece en la fraternidad.
- Estamos en tiempo de convergencia, de sinodalidad, de ponernos todos en la misma dirección... y no de sectarización. En la Iglesia, en la diócesis, en cada comunidad parroquial necesitamos descubrir existencialmente sacerdotes, religiosos y laicos que somos el Pueblo de Dios, una única comunidad del Señor, donde cada uno tenemos una vocación. Necesitamos en la Iglesia encontrarnos el pastor, el teólogo, los pobres, el profeta... para hacer una lectura católica. Pero ¿cómo hacerla? Estas serían las claves y también las claves para un Movimiento:
 - * No somos la Iglesia si nuestro ABSOLUTO no es Jesús, el Señor.
 - * Y en la Iglesia hay dos presencias privilegiadas del Señor: los pastores y los pobres (Moltmann).
- En la Iglesia se discierne, por la conjunción y convergencia de carismas dentro de la misma comunidad: pastor, sacerdote, pobres, teólogos, laicos, religiosos. Y se discierne por la fuerza del Espíritu en la oración, en el diálogo dentro de la comunidad, a través de los pastores, en el encuentro fraterno en la Mesa del Señor...
- Necesitamos hoy un ejercicio de sinodalidad. Sínodo significa los caminos que se conjuntan, que es tanto como decir que necesitamos sentarnos todos: movimientos, sacerdotes, laicos, religiosos, grupos, y discernir el camino del Señor, el Ser y el Hacer de una comunidad parroquial, de forma que no se rompa el Cuerpo de Cristo y hagamos una verdadera comunidad del Señor,

que ora, que celebra los sacramentos, que crece comunitariamente hasta la comunicación de bienes y se compromete en el servicio caritativo y social.

Por ese camino tienen que avanzar los movimientos y todos los grupos de Iglesia.

Los movimientos expresan en la Iglesia esa doble dimensión cristiana: Hacia Dios (interiorización), hacia el hombre y hacia el mundo que espera la Revelación de los Hijos de Dios (Juan Pablo II a los Movimientos Eclesiales, primer Congreso, 1981).

Finalmente, sólo dejo constancia de dos dificultades a superar: Falta de imaginación y creatividad en los laicos y su excesiva docilidad a los presbíteros.